

*Carlos Martínez* Actor de mimo

## **Carlos Martínez: un mago sin maletín de trucos**

Lleva 32 años recorriendo el mundo con sus programas. Sin embargo, el mimo español Carlos Martínez no solo sabe hechizar en escenarios minimalistas. También se dedica a la pedagogía escénica; por ejemplo en una escuela primaria de Dättlikon (Suiza). Este hombre sabe hacer callar a la gente. Sin ademanes imperativos de ningún tipo. Cuando Carlos Martínez está de pie bajo el foco que ilumina el escenario, vestido de negro, con sus blancos guantes, hasta el reloj parece detenerse. La mudez está presente incluso en el grito ocasional. En su semblante es posible leer como en un libro, analogía que se ve intensificada por la blancura del maquillaje. Cuando teclea sobre una imaginaria máquina de escribir, no nos damos cuenta de que aquella no existe. Por encima de su extraordinaria técnica fascina sobre todo su sentido poético del humor, rasgo distintivo del secreto linaje que lo emparenta con Chaplin. El resultado es pese a ciertas demoras de una intensidad como sólo se consigue a base de apilar unos sobre otros los estratos del silencio.

Ni humorista ni clown

Pocos días después de habernos cautivado con su magia en un pequeño escenario de Zurich, tuvimos ocasión de contemplar a este español de 59 años en un aula de educación primaria de la localidad de Dättlikon, en el distrito de Unterland. En medio de la clase el maestro sumerge una cucharilla imaginaria en un no menos ficticio yogur. 17 manos infantiles le siguen. Los niños introducen absortos sus cucharas en el yogur, lo dejan caer sobre la lengua, ponen sus camisetas perdidas y en secreto se preguntan si el mismo encantamiento funcionaría también con un helado de caramelo. Respiraciones en vilo. Ahora sabemos que durante los próximos días ninguno de ellos se va a aburrir aunque la televisión esté estropeada. Este hombre con su semicalva prominente, sus finos labios y ojos que bajo pronunciadas cejas saben mirar ora encandilados y a continuación con una cordialidad indescriptible, transmite pacientemente y con habilidad didáctica los valores que residen en la fuerza de lo imaginario.

Martínez no acostumbra a impartir talleres en la escuela; su programa escénico tampoco está dirigido en primera instancia al público infantil. Sin embargo, hace ya diez años que comenzó a enseñar con cierta regularidad. Imparte cursos para estudiantes de arte dramático y seminarios para el personal de las empresas, con el objeto de perfeccionar la expresión corporal y facial como complemento comunicativo de la palabra. En el Politécnico Económico de Chur, no hace mucho, estuvo entrenando capacidades de visualización entre los estudiantes de Arquitectura.

Sentimientos básicos como la alegría, la tristeza, el enfado y el miedo son algo universal; también lo es la manera de expresarlos, según el Maestro en una entrevista en la que se nos revela como amistoso y elocuente interlocutor. Con este repertorio de emociones, que también era la caja de herramientas del ya fallecido Marcel Marceau, consigue proporcionar a sus personajes un carácter al mismo tiempo humano y arquetípico. "No hay situación humana que no sepa describir, siempre con humor", dice de Carlos Martínez el legendario Dimitri.

Los gestos se ensamblan sobre el escenario como piezas de un rompecabezas, formando escenas características de la vida cotidiana: ponerse una mochila, tocar el cristal de una pecera o agarrarse a la barra de un autobús bamboleante. Estas piezas son llevadas a la perfección; cada movimiento está medido y no se permite improvisar. Es como en la música: todo parte del control, pero eso no hace todavía al maestro. Por el contrario: quien se haya propuesto impresionar a base de pura técnica perderá el mensaje y el sentido trascendente. Martínez es de los que logran la unificación. Ejecuta su arte simplificador de manera consecuente como ningún otro. No quiere ser humorista ni clown, pese a que dichas etiquetas le servirían para ampliar su público potencial. Lo suyo es la poesía sin verso. La globalización le favorece, porque su lírica parte con una ventaja esencial: no necesita que la traduzcan a otros idiomas. Por lo tanto, ningún problema si se trata de ir de gira por toda Europa, a Sudáfrica o a las Américas del Norte, Central o del Sur. Más de mil camerinos ha conocido el artista desde que comenzó su carrera hace 32 años, y muchos más públicos todavía, compuestos por niños sordomudos de Jordania o espectadores adultos en Brasil. Los brasileños contemplaron su arte fascinados por el contraste con una cultura nacional forjada en los carnavales y en todo tipo de acontecimientos sonoros.

Su labor se ve enriquecida por la colaboración ocasional con entidades sin ánimo de lucro. Hace una década escenificó los Derechos Humanos, y ahora recorre el país acompañando a la Fundación Helvética del medio Ambiente. Su programa "Espejismo" desarrolla episodios agrupados de manera informal sobre un leit motiv básico: la escasez de agua; entre unas sesiones y otras el artista exhibe una selección de sus mejores piezas.

"El silencio espera pacientemente hasta que alguien le conceda la palabra", escribe el artista, oriundo de Asturias, en su breve obra *Desde el camerino* condensando al máximo su experiencia en el hábitat escénico. No es nada fácil para un profesional del arte dramático, como se sabe desde tiempo inmemorial, dominar estos ritmos sosegados y este silencio, interrumpido ocasionalmente por los ruiditos del auditorio, algún que otro realce musical o la risa del público. La recompensa, en nuestra época sobresaturada de estímulos, consiste en un placer estético de insólita pureza. Estrepitoso hijo del silencio

Cuando Carlos Martínez hizo saber a su familia que quería ser actor, el resultado fueron miradas de conmisericordia. Pobre chico, vivirá en la calle. "Aún hoy mi tía cree que acabaré como un pedigüño", dice, sonriendo con ternura. ¿Gente de la farándula en su linaje? ¡Nunca se vio! No obstante, cuando acompañaba a su padre, que había comenzado siendo taxista para convertirse después en representante de mantequillas, en sus recorridos por las tiendas de sus clientes, le llamaba la atención la manera en que aquel variaba la voz y la gesticulación. Más tarde se daría cuenta de que su padre, a su manera, también fue actor. Pero finalmente sería la madre la que apoyó al hijo en su vocación. Ella misma había tenido similares inclinaciones, antes de renunciar a la realización de su peculiar talento en favor de un destino más prosaico como costurera. Primero aprendió el oficio de mecánico, después se formó en el mimo y el arte escénico y finalmente se estableció entre bambalinas. Lo primero que ambicionó fueron papeles como el de Hamlet, sin imaginar que su destino escénico estaba en la soledad y en el silencio. Tan imprevisiblemente contradictorio como los caminos que emprendería después su propio hijo. Éste decidió ser percusionista, y con ello Carlos Martínez aprovecha para hacer un final y entrañablemente irónico comentario: "El hijo del silencio ha comenzado a hacer ruido".